

APACHITA 2

NOVIEMBRE 2004

BOLETÍN DEL ÁREA DE ARQUEOLOGÍA. ERNESTO SALAZAR, EDITOR



Area de Arqueología
Escuela de Antropología
Pontificia Universidad Católica del Ecuador, Quito



Portada: Tarabita sobre un torrente. Tomado de "Colombie et Guyanes", por M. C. Famin,
L'Univers. Histoire et description de tous les peuples, 1837, Firmin Didot Frères, Paris.

APACHITA, N° 2, noviembre de 2004
Ernesto Salazar, editor
esalazar@puce.edu.ec

Indice

Reuniones arqueológicas (Editorial)	3
El Señor de Sipán en Quito <i>Josefina Vásquez</i>	4
Las Amazonas, la realidad en el mito <i>María Patricia Ordóñez</i>	5
La arqueología de la violencia <i>Oscar Cajas</i>	6
Terrazas de cultivo <i>Julio Mena Tapia</i>	7
El Ecuador y las conexiones entre Mesoamérica y los Andes Centrales <i>Daniela Balanzátegui Moreno</i>	8
Laboratorio de Arqueología <i>José Luis Villamil</i>	10
Bibliografía para el arqueólogo Daniela Balanzátegui, Oscar Cajas y José Luis Villamil	10
Crónica arqueológica Esteban Acosta	12
La cita de "Apachita"	13
John Rowe (Obituario)	13
El sistema <i>Ernesto Salazar</i>	14

Instituto de Turismo que traía bajo la manga la idea peregrina de promocionar una nueva carrera de dos años para formar “Asistentes de Arqueología”.

Editorial

REUNIONES ARQUEOLÓGICAS

Los cuerpos profesionales, colegiados o no, se reúnen con frecuencia en congresos, seminarios, mesas redondas, etc., con el fin de mantener viva la profesión y poner a sus miembros al tanto de las actividades e investigaciones que se realizan. En Arqueología, lamentablemente, sufrimos de una falta casi total de intercambio profesional. Por ello, es de gran importancia que el Instituto Nacional de Patrimonio Cultural (INPC) haya tomado la iniciativa de organizar o patrocinar una serie de reuniones de carácter científico y de divulgación.

Sin embargo, a la par que alabamos esta acción positiva del INPC, queremos con intención constructiva señalar algunas fallas de organización. En primer lugar, las reuniones se convocan sorpresivamente, a veces con una o dos semanas de anticipación, y a menudo con temas impuestos a los colegas, sin consulta previa con los interesados. No es extraño que a un seminario se conmine la asistencia de los arqueólogos con carácter obligatorio. Hace algunos meses, un Director del INPC amenazó inclusive con negar *ad aeternum* la autorización para realizar investigaciones a los arqueólogos que no asistan a un seminario. No faltan tampoco las invitaciones “a dedo” que excluyen *ipso facto* a ciertos colegas de participar en los eventos anunciados. Por otro lado, es evidente, que el INPC no “tamiza” a los patrocinadores de eventos. En una reciente reunión, el principal patrocinador de un seminario de Arqueología, realizado en el local mismo del INPC, era un

Con reuniones de tan corta o ninguna preparación, poco puede esperarse de estos eventos. En general, las ponencias son de una pobreza intelectual que da vergüenza ajena. En la mayoría de los casos, se trata de “slide-shows” en los que la promoción de las bellezas naturales del país parece importar más que los resultados de las investigaciones arqueológicas. Hay, por cierto, arqueólogos que han realizado decenas de investigaciones arqueológicas, pero que nunca se presentan en estas reuniones. Y claro, como los eventos no tienen la anticipación debida, la asistencia de público es notoriamente baja.

Toda acción humana es perfectible, y esperamos que el INPC acoja con buen ánimo nuestras objeciones. Más aún, ofrecemos desde ya nuestra colaboración a cualquier nivel en que podamos ser útiles. Y lo hacemos con intención oportunista, si se quiere, ya que esta iniciativa del INPC nos beneficia a todos.



EL SEÑOR DE SIPÁN EN QUITO

Josefina Vásquez

*-¡Ahora sí que me convenció el Paquito!
Traernos a Quito esta muestra tan rica e interesante!*

Este fue el comentario que escuché al salir de la exposición temporal del Señor de Sipán en Quito, una semana antes de que se llevaran a cabo las elecciones para la alcaldía. La versatilidad iconográfica en formas y materiales de la cultura Moche, fruto de siete siglos de desarrollo político y tecnológico no sólo dominó la costa norte del Perú en épocas prehispánicas, sino que, en un momento crítico de la política ecuatoriana, sobrecoge aún a la población llana que, abrumada por el oro y la plata, elige poderes provinciales.

Mientras que la investigación científica espera fondos locales para su gestión, al parecer los roles se invierten en la actualidad cuando asistimos a la utilización del patrimonio cultural en favor de una candidatura política con el apoyo del FONSAL (Fondo de Salvamento). No es novedad que, a la cabeza del componente arqueológico del FONSAL, en Quito esté un no arqueólogo metropolitano, sin siquiera pensar en el riesgo en que se hallan los depósitos arqueológicos manejados por un personal no calificado para realizar investigación arqueológica.

El Señor de Sipán: Esplendor y Misterio es una muestra cuyo crédito pertenece a la iniciativa de Walter Alba y demás investigadores peruanos que empezaron el *Museo Tumbas Reales de Sipán* en Lambayeque hace una década. Por suerte, la muestra itinerante del Señor de Sipán viaja por el mundo con el objetivo de recaudar fondos para autogestionar las labores de investigación arqueológica

ológica y de restauración de los sitios arqueológicos mochicas de los valles de Moche y Lambayeque. Los fondos no sólo se recaudan del apoyo extranjero sino que el *Señor de Sipán* subvenciona las excavaciones y preservación de sus dominios ancestrales y se convierte en modelo de un turismo cultural disciplinado del cual participa la arqueología peruana. La Universidad Católica del Perú, la Universidad Nacional de Trujillo y la Municipalidad Provincial de Trujillo cuentan con el soporte de empresas cerveceras peruanas para desarrollar un fondo a base de la recaudación de los museos de sitio, réplicas artesanales y de la exposición itinerante, y fomentar a gran escala arqueológica, la investigación que proyecta las raíces patrimoniales de la cultura Moche.

Hoy, en el valle del río Moche, la Waka de la Luna ubicada en los flancos del Cerro Blanco, se encuentra aún en proceso de excavación y restauración constantes. A la par de las excavaciones del lado norte de la Waka, restauradores aplican químicos que mantienen intacta la pintura de los frisos que exhiben a la deidad de las montañas o *Ai-Apaec* en lengua *Muchik*, a las divinidades marinas, a las cabezas de serpientes y distintos motivos del sacerdote-guerrero.

Al norte de la Waka de la Luna, cercana al río, se levanta la Waka del Sol cuya monumentalidad en volumen de adobes sólidos representa la estructura arquitectónica más grande de los Andes durante el Intermedio Temprano. La capital moche descansa sobre las ruinas del complejo Waka del Sol/Waka de la Luna y de la ciudad que entre ambas yace enterrada por el desierto. Pese a los innumerables pozos de huaqueros que apollan tanto las paredes de la Waka del Sol como el resto del complejo, gran parte de los depósitos no se han tocado todavía.

Los fondos canalizados para el *Proyecto Arqueológico Waka de la Luna* son todavía insuficientes y los arqueólogos prefieren esperar a que se formen más arqueólogos y se incorporen recursos tecnológicos para emprender la excavación de un lugar sagrado, como fue la Waka del Sol durante la vigencia del estado moche. La labor de formación académica en las aulas universitarias y escuelas de campo, tanto de arqueología como de restauración, favorece el avance de proyectos regionales como en Sipán y en la capital moche.

Lejos de formar parte de una propaganda política, el patrimonio y quienes lo estudian convergen en proteger y preservar yacimientos arqueológicos, mostrarlos al mundo y valorar a las culturas nativas de su propio entorno.



LAS AMAZONAS, LA REALIDAD EN EL MITO

María Patricia Ordóñez

Fueron conocidas como *Antianeira* (las que pelean como hombres), o como *Androktones* (asesinas de hombres), al decir de Heródoto. No hay duda que las Amazonas de la mitología han constituido la representación del constante asombro que mostraron los griegos clásicos frente al desafío de la inversión de los roles. Diestras en la batalla, capaces de proezas en sus enfrentamientos, poseedoras de una organización social jerarquizada y dirigidas por una reina guerrera y sacerdotisa, las Amazonas de los mitos han aparecido una y otra vez a lo largo de la historia (por ejemplo, enfrentándose al duque de Bohemia, o atacando a Orellana en los ríos sudamericanos) para amenazar la masculinidad de los héroes contra quienes se medían. Muchas veces en el pasado, el arte de la guerra y la posesión de la fuerza para la caza eran características exclusivas de los hombres. Por ello, no nos asombra que los encargados de la investigación arqueológica y del registro histórico eligiesen relegar los relatos sobre las Amazonas a simples anécdotas fantásticas.

Sin embargo, desde 1993 en las estepas de la frontera entre Kazajstán y Rusia, los restos de dos culturas nómadas, los saurómatas y los sármatas están ayudando a esclarecer la polémica. Basándose en la excavación de varios sitios de enterramiento, cerca de la ciudad de Povrovka, el Dr. Kemal Akishev del Instituto Kazajstano de Arqueología, ha logrado reconstruir varias tumbas de origen saurómata, y recuperar de ellas los artículos rituales o funerarios que se encontraban en su interior. Curiosamente, el ajuar incluía objetos ordinarios del hogar, ítems religiosos

o de culto, monturas de caballo y armas de diversa índole, estas últimas sin hacer distinción entre hombres y mujeres.

Los objetos religiosos estaban ubicados únicamente en tumbas pertenecientes a mujeres, lo que sugirió (y posteriormente fue comprobado) que las mujeres eran poseedoras exclusivas del poder religioso. Las largas dagas y puntas de flecha recobradas de dichos enterramientos, así como la gran cantidad de objetos de oro como pendientes, argollas y varios objetos de adorno y uso personal (entre ellos un espejo de bronce) reafirman que las mujeres de la sociedad saurómata eran, más frecuentemente que no, líderes tribales que concentraban poder y estatus.

Una característica interesante de estos hallazgos es que, en algunos enterramientos masculinos, se incluían también a niños o bebés. Curiosamente, ninguna tumba de mujer contenía niños que, a excepción de los casos antes señalados, estaban enterrados en tumbas separadas. Ahora bien, el status de la mujer saurómata cabe dentro de varias categorías que no son de ninguna manera mutuamente excluyentes. Es decir, que en vida una mujer pudo ser tanto ama de casa como trabajadora de los campos, sacerdotisa, o guerrera a caballo.

En mi opinión, esta diversificación de roles muestra una sociedad en la cual las tareas no eran asignadas de acuerdo a una preestablecida división sexual del trabajo. Mucho podremos aprender de esta sociedad que no encaja en nuestra concepción occidental, en la que mujeres y hombres hemos rebuscado tantas maneras de diferenciarnos hasta llegar a convencernos de la necesidad de crear visiones divididas de aquello que, como arqueólogos y antropólogos, deberíamos describir sin sesgos ni sexismos.



ARQUEOLOGÍA DE LA VIOLENCIA

Oscar Cajás

La violencia, tal y como la entendemos ahora, ha existido siempre, lo que nos lleva a cuestionarnos la imagen hasta cierto punto inocente que tenemos del cazador-recolector prehistórico. Igualmente, asumimos el prejuicio clásico del “salvaje bueno” cuando representamos a las primeras comunidades agrícolas y ganaderas integradas por personas pacíficas que cultivaban sus tierras y cuidaban de sus rebaños, sin mayores complicaciones. Esta imagen sin duda va a ser revisada luego del descubrimiento de matanzas llevadas a cabo en los sitios de Talheim (Alemania) y Olsen Chubbuck (EE.UU.). Estas investigaciones muestran que el registro arqueológico no avala la largamente sostenida ideología del buen salvaje.

En el siglo XX, los desastres y el horror producidos por la II Guerra Mundial provocaron un interés por investigar las causas y la naturaleza de los comportamientos violentos de los seres humanos. Muchos autores (Dawkins 1994; Lorenz 1989; Wilson 1983) se han inclinado a pensar que nuestra naturaleza es violenta, superada solamente gracias al desarrollo de la cultura o para ser más correctos, de “nuestra” cultura. En muchas sociedades,

las guerras y actos de violencia son sacralizados, como afirma Clastres. El mecanismo ideológico conmina a los individuos a vivir en comunidad y en este contexto, los sacrificios humanos y las guerras rituales no hacen otra cosa que sublimar la violencia, a fin de que los individuos no rompan las reglas del convivir social.

Desde el cazador recolector que mata a su presa con punta de proyectil, a las sangrientas guerras de Troya y desde el sitio arqueológico que muestra los restos de una mujer con huellas de tortura, hasta las grandes fosas comunes de Bosnia o de Chile, la arqueología se encarga de reconstruir los escenarios rituales y políticos de la violencia. Las sociedades contemporáneas disponen de una tecnología de destrucción que la humanidad no había conocido jamás. Los robos y asesinatos que se dan a diario en el mundo, el abuso a menores de edad, a mujeres y ancianos, las torturas, los crímenes de estado, todo esto es parte de una llamada "cultura de la violencia" (Guilaine, 2000). ante la cual la arqueología se apresta a dar contribuciones significativas.

En efecto, a más de proporcionar un largo decurso histórico de análisis de las formas y las causas de la violencia en el pasado, la arqueología está contribuyendo con su metodología y sus estrategias de campo a esclarecer los hechos de la violencia contemporánea. Al presente, no es extraño contemplar a grupos de arqueólogos forenses trabajando en fosas comunes de la violencia política provocada por caudillos de pies de barro que han tratado de afianzar su poder con la eliminación de sus semejantes. Por primera vez, y de forma dramática, la arqueología está mostrando su relevancia en el mundo de hoy.



TERRAZAS DE CULTIVO

Julio Mena Tapia

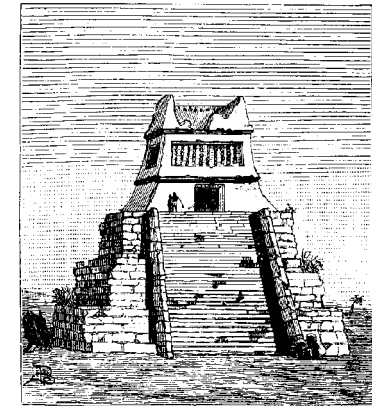
La agricultura trajo consigo grandes cambios en la sociedad humana, derivados principalmente de la necesidad del humano por adecuar su tecnología para el cuidado de sus cosechas, el mejoramiento y optimización de las mismas. De las técnicas utilizadas se conocen varias hasta el momento, como los camellones o campos elevados, las tolas de cultivo y el sinnúmero de modalidades de riego que han favorecido la producción agrícola prehistórica y actual. En este contexto, no es de menor importancia la terraza de cultivo que proliferó en la América precolombina.

En las laderas de la montaña andina, las terrazas por lo general se distribuyen en serie, de tal manera que parecen a la distancia como un conjunto escalonado. La construcción era muy sencilla y consistía en desbanear la pendiente, dejando en el terreno franjas cuyo reborde podía ser afianzado con plantas resistentes (pencos y achupallas), o reforzado con un muro de piedras o de cangahua. En algunos conjuntos de terrazas, el borde es utilizado como sendero para evitar caminar por los cultivos. Este sistema de infraestructura

agrícola sugiere una fuerte organización social y una compleja red laboral, en la que los andinos, particularmente los Incas se mostraron maestros del control del entorno.

La agricultura del Tahuantinsuyo tuvo el gran mérito de adaptarse y desarrollarse en un medio geográfico que, a primera vista, no ofrecía las mejores condiciones para la agricultura. Estas verdaderas escaleras gigantes, erigidas sobre terraplenes con muros de contención de piedra, evitaban que las lluvias arrastraran la tierra y sus cultivos al fondo de los valles. En estas terrazas se podían obtener hasta tres cosechas anuales, sobresaliendo el fréjol, las calabazas, la quinua y el maíz. La papa cultivada en los valles de mayor altura, fue el vegetal más importante de los incas. Se conocen más de 240 variedades de papas, que podían ser conservadas y almacenadas por medio de la deshidratación. Así surgió el chuño, consumido por los ejércitos incaicos en sus empresas de conquista.

En el Ecuador, la terraza de cultivo no es tan ubicua como en la sierra peruana. Sin embargo, se han hallado numerosos sitios aterrazados en la Sierra Norte (provincias de Carchi, Imbabura y Pichincha). En la Sierra central y meridional, su presencia es menor, pero vale destacar las terrazas con muros de piedra que se encuentran en varias montañas de las estribaciones occidentales de la provincia de Loja, particularmente del valle del río Luis.



EL ECUADOR Y LAS CONEXIONES ENTRE MESOAMÉRICA Y LOS ANDES CENTRALES

Daniela Balanzátegui Moreno

El estudio de las conexiones mesoamericanas con los Andes no es un tema reciente. En efecto, desde fines del siglo XIX, varios investigadores americanistas atribuyeron influencias mesoamericanas, no sólo a vestigios andinos precolombinos, sino aun a rasgos culturales de los grupos existentes en la época. Cuando la arqueología ecuatoriana daba sus primeros pasos se especuló sobre el aporte difusionista centroamericano, no solo por parte de arqueólogos ecuatorianos como González Suárez (1890) y Jacinto Jijón y Caamaño (1930), sino también de extranjereros como el gran americanista Max Uhle (1922), cuyos argumentos enfatizaban semejanzas entre estilos cerámicos (como la pintura negativa), elementos iconográficos (como las fi-

guras humanas y zoomorfas) y lingüísticos, entre ambas regiones.

Los citados autores propugnaban la ocurrencia de migraciones provenientes de Mesoamérica hacia Sudamérica, aunque sus explicaciones tenían ciertas falencias metodológicas, particularmente las comparaciones hechas sobre objetos sin cronología ni contexto arqueológico adecuados. Sus interpretaciones sobre bases arqueológicas endebles, no tuvieron mayor validez, aunque el afán de vincular Mesoamérica con los Andes ha persistido hasta el presente.

En la arqueología del Ecuador, se distinguen con claridad dos momentos en la postura difusionista: el primero que propone los elementos culturales del país como formas foráneas imposibles de originarse *in situ*, ya que sólo las culturas complejas o “grandes civilizaciones” pudieron dar inicio a la mayoría de rasgos culturales. En el segundo, el proceso difusionista es inverso, desde “la primera sociedad del formativo temprano” hacia las “civilizaciones”.

Donald Lathrap, el mentor de esta teoría, propugna que la cerámica del Formativo de la costa ecuatoriana inspiró las tradiciones cerámicas de México y del Perú. En su argumentación, la evidencia que tuvo mayor resonancia fue la de que los valdivianos iniciaron la tradición de las figurinas humanas, ya que en su registro arqueológico se encuentra una clara evolución en la producción de las mismas, o sea desde las talladas en piedra hasta las de cerámica hueca. En este contexto, las figurinas de arcilla halladas en Mesoamérica constituirían una elaboración posterior más detallada, a partir de formas foráneas más primitivas, acaso ecuatorianas.

Según esta tesis, la transmisión se habría realizado por mar, ante la falta de ejem-

plos comparables en las zonas intermedias. Los viajes por mar no solo sirvieron para llevar a los “artesanos de las figurillas”, sino también para transportar, tanto al norte como al sur, la concha *Spondylus*, producto propio de las costas ecuatorianas. Al respecto, el registro arqueológico está respaldado por crónicas y fuentes etnohistóricas que relatan acerca del transporte de concha en las balsas de los Huancavilcas y los viajes de especialistas en el comercio terrestre hacia el sur. La iconografía de Chavín de Huantar y aquella de los sitios mexicanos muestran a sus dioses sosteniendo la concha como señal de poder sobrenatural, lo cual puede corroborar la preeminencia del molusco y la existencia de un comercio temprano de la *Spondylus*.

En esta misma línea del análisis iconográfico, habría que mencionar a los felinos que constituyen también un elemento simbólico encontrado tanto en Mesoamérica como en el Area Intermedia y en los Andes Centrales. La forma más común es la representación de un dios que conjuga la figura del ave, el jaguar y la serpiente, la misma que en el Ecuador se halla en la Tolita y Jama-Coaque. Para algunos autores, la difusión fue de norte a sur, y para otros en dirección inversa. Sin embargo, lo importante es mostrar que las culturas en las cuales se manifiesta el felino se identificaban con elementos de la naturaleza y las representaciones zoomórficas.

Investigaciones arqueológicas muestran que Ecuador se convirtió en un centro de contactos extrarregionales en tiempos precolombinos. A ello contribuyeron no sólo la ubicación geográfica estratégica del país, sino también el robusto proceso cultural e histórico que desarrollaron sus habitantes.

LABORATORIO DE ARQUEOLOGÍA

José Luis Villamil P.

Las piedras de nuestra primera “Apachita”, se están ya acumulando, revelando nuevos intereses y nuevas perspectivas. El primer objetivo, o sea el nacimiento de un grupo sólido de estudiantes, con una publicación que refleje sus iniciativas, se ha cumplido. Y este segundo número muestra que hemos asumido el compromiso, sin amilarnos ante la gran tarea que tenemos por delante. En el mes de Julio pasado, en la reunión de elección de Director de la Escuela de Antropología y Arqueología, el Profesor Ernesto Salazar anunció al Dr. José Ribadeneira, Rector de nuestra Universidad, la posibilidad de la implementación de un Laboratorio de Arqueología en convenio con la Universidad de Wayne State (EE.UU.), por medio de la Dra. Tamara Bray, asociada ya por algunos años con nuestra Escuela. El convenio contempla un financiamiento parcial para el equipamiento de dicho Laboratorio, por parte de Wayne State University, y tiene como contrapartida que la PUCE proporcione el espacio físico para su funcionamiento.

Así mismo, la Prefectura de la Provincia de Morona Santiago ha solicitado a la PUCE la firma de otro convenio para la investigación y puesta en valor de los sitios monumentales precolombinos del Alto Upano investigados por el Profesor Salazar. Este convenio abriría puertas de investigación no sólo para los arqueólogos sino también para los antropólogos sociales que podrían acceder al pueblo Shuar para sus investigaciones. Las implicaciones de estos proyectos son profundas y se convierten en una responsabilidad de todos los estudiantes de la Escuela, arqueólogos o no. La formación de arqueólogos preparados bajo los parámetros de la técnica y la

metodología, es una prioridad del país para desentrañar su pasado y hacerlo relevante para el presente. Es por ello que la asignación de un espacio para el funcionamiento del Laboratorio de Arqueología se vuelve una necesidad imperiosa que esperamos se cristalice con los buenos oficios del Rector de la Universidad, el Decano de la Facultad y el Director de nuestra Escuela.

Que nuestros lectores estén seguros que, desde el inicio de nuestra formación trabajamos comprometidos con nuestra futura profesión, recordando siempre que somos la única Escuela en el país que forma arqueólogos profesionales dispuestos a colaborar con el país en el descubrimiento de nuestras raíces culturales.

BIBLIOGRAFÍA PARA EL ARQUEÓLOGO

Biblioteca de la PUCE (Hemeroteca)

**Daniela Balanzátegui, Oscar Cajas
y José Luis Villamil**

La revista especializada es un recurso bibliográfico poco utilizado por los estudiantes, ya sea por falta de costumbre, o porque se desconoce su existencia. A fin de estimular la consulta, presentamos a continuación un breve listado de las principales revistas científicas disponibles actualmente en la Hemeroteca de nuestra Universidad. Aunque algunas atañen más directamente al arqueólogo, la mayoría puede ser consultada por todos los estudiantes de la Escuela de Antropología.

La lista que sigue contiene el nombre de la revista, los volúmenes y los años que cubren los números existentes, y el número de inventario para su localización en la Hemeroteca. Agradecemos al Lcdo. Oswaldo Orbe,

Director de la Biblioteca de la PUCE, por permitirnos el acceso a la Hemeroteca.

Abstracts in Anthhropology. (Archaeology, Cultural and Physical Anthropology, Linguistics)

Vols. 8-47
1980-2003
572.05 / Ab89a

American Anthropologist

Vols. 57-60; 65-70; 74-88; 90-102
1955-1960; 1963-1968; 1972-1986; 1988-2000
572.9805 / Am35a

American Antiquity

Vols. 37-53; 56-66
1972-1988; 1991-2001
913.031 / Am35a

American Journal of Archaeology

(The Archaeological Institute of America)
Vols. 79-106
1975-2003
913.03105 / An353

Annual Review of Anthropology

Vols. 1 a 31
1972-2002
572.05 / An78r

Anthropos. Revue Internationale d'Ethnologie et de Lingüistique

Vols. 1-99
1906-2004
572.05 / An89r

Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos

Vols. 2-31
1973-2002
980.005 / In7b

Cuadernos de Historia y Arqueología

(Casa de la Cultura Ecuatoriana, Guayaquil)

Vols. 1-43
1951-1981
986.6005 / C891h

Current Anthropology

Vols. 3-44
1962-2003
572.05 / C936a

Ethnohistory

(American Society for Ethnohistory)
Vols. 38-50
1991-2003
572.9805 / Et38

Investigación y Ciencia

(Traducción española de *Scientific American*)
Vols. 124-327
1987-2003
500.5 / In8c

Revista Española de Antropología

(Universidad Complutense)
Vols. 18 a 33/1988-2003
572.05 / R327e

Sarance

(Instituto Otavaleño de Antropología)
Vols. 1 a 23.
1975-1996
572.986605 / Sa71r

Science

1949-2002
500.05 / Sc27a

Scientific American

1960-1971
500.05 / Sc27a

En números sueltos, que a veces cubren varios años, disponemos también de las siguientes revistas: *América Indígena*, *Boletín de Antropología* (Universidad de Antioquia),

Boletín de la Academia Nacional de Historia (Ecuador), *Boletín de Informaciones Científicas Nacionales* (Casa de la Cultura Ecuatoriana), *Boletín de la Sociedad de Estudios Históricos Americanos* (la revista original de la sociedad homónima, dirigida por F. González Suárez y Jacinto Jijón y Caamaño), *Economic Botany, Humanitas* (Universidad Central del Ecuador), *Journal de la Société des Américanistes, Maguaré* (Universidad Nacional de Colombia), *Man, the Journal of the Royal Anthropological Institute, Revista Colombiana de Antropología* (ICAN), *Revista de Antropología y Arqueología* (Universidad de los Andes), *Revista de Arqueología* (España, divulgación), *Revista del Centro de Estudios Históricos y Geográficos de Cuenca*, *Revista del Museo Nacional de Lima, Memoria* (MARKA).

CRÓNICA ARQUEOLÓGICA

Esteban Acosta

En nuestro país, en los últimos meses, se han realizado algunos eventos e investigaciones de carácter arqueológico que han venido a contribuir al mejoramiento del conocimiento de esta disciplina entre los ecuatorianos. Por este motivo, los que hacemos este Boletín hemos querido dar a conocer a todos nuestros lectores algunos de los eventos más relevantes.

- Del 31 de julio al 28 de octubre se realizó la exposición del Señor de Sipán en el Centro Cultural Itchimbia, la misma que fue auspiciada por el FONSAL, Centro Cultural Metropolitano, Asociación de Amigos del Museo de Tumbas Reales de Sipán, República de Perú, Banco Central del Ecuador y la Corporación Vida para Quito.

- En la ciudad de Quito se realizó el Seminario de Arqueología "Construir nuestras raíces para construir el futuro con identidad", el cual tuvo como objetivos difundir los estudios e investigaciones arqueológicas que se desarrollan en el país y abrir un debate sobre la importancia y perspectiva de las investigaciones arqueológicas. Este se llevó a cabo del 29 de julio al 1 de Agosto de 2004 con el auspicio del Instituto Nacional de Patrimonio Cultural, Tecnológico Internacional de Turismo y Hotelera/ FONSAL.

- Durante el mes de julio la Dra. Tamara Bray (Universidad de Wayne State), realizó un reconocimiento regional en Angamarca, provincia de Cotopaxi, con el fin de registrar arqueológicamente la presencia de mitimáes que, según documentación temprana, estaba bastante difundida en la región. Colaboraron como asistentes de investigación los compañeros Julio Mena y Andrés Chiriboga.

- El Dr. Ross W. Jamieson (Simon Fraser University, Canada) comenzó en el verano pasado las excavaciones arqueológicas en Cicalpa, Chimborazo, asiento primero de la ciudad de Riobamba, destruida por el terremoto de 1797.

- Así mismo, en julio-agosto, el Dr. Ronald Lippi (University of Wisconsin) continuó las excavaciones del Pucará Palmitopamba (Noroccidente de Pichincha), con el fin de determinar las implicaciones que tuvo la ocupación inca en el territorio Yumbo. Colaboraron como asistentes de investigación los compañeros Julio Mena y Miguel Angel Fonseca. Cabe también señalar que el estudio original de Ronald sobre la Arqueología del Noroccidente de Pichincha (Museo Jacinto Jijón y Caamaño, 2002) acaba de publicarse en versión corta en inglés, con el título "Tropical Forest Archaeology in Western Pichincha,

Ecuador”, en la serie Case Studies in Archaeology (Thomson, Wadsworth, 2004).

- Los arqueólogos Drs. Jean Guffroy, y Francisco Valdez, y Alexandra Yépez continuaron el verano pasado las investigaciones en Santa Rosa La Florida, Zamora Chinchipe, un sitio multicomponente con cerámica, tumbas, cuencos de piedra, objetos de turquesa, y estructuras de piedra. Francisco y Alexandra también trabajaron en Laguna de la Ciudad, Esmeraldas, un extenso sitio de campos elevados y cerámica que va desde el Formativo hasta Integración.

- El 11 de Octubre del presente año tuvo lugar, en la sede del INPC, la “Segunda Mesa Redonda: Arqueología Amazónica del Ecuador”, con el objeto de discutir el estado de las investigaciones realizadas en la región. La Primera Mesa Redonda tuvo lugar en Enero de 2003.

La cita de “Apachita”

Arqueología es la disciplina con teoría y práctica para la recuperación de patrones inobservables de comportamiento homínido, a partir de indicios indirectos y en muestras malas.

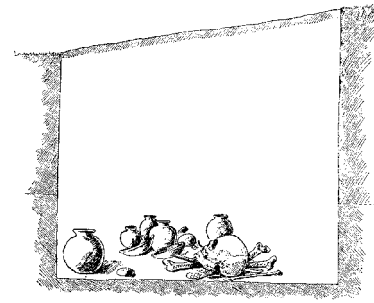
David Clarke. 1973. The Loss of Innocence. *American Antiquity* 47:100.

Obituario

John H. Rowe (1917-2004)

El 1 de mayo del presente año murió uno de los grandes investigadores de la arqueología y la etnohistoria de la región andina. Graduado en Harvard, en 1941, Rowe comenzó su carrera docente en el Cuzco, donde fundó la sección de Arqueología de la Universidad San Antonio Abad, y luego enseñó en la Universidad de Popayán, Colombia, antes de integrarse al Departamento de Antropología de la Universidad de Berkeley, USA, donde permaneció por 40 años. Fue además socio fundador de la “Kroeber Anthropological Society” y del “Institute of Andean Studies” de la Universidad de Berkeley. En arqueología su contribución provino inicialmente de su formación en estudios clásicos, argumentando para la arqueología prehistórica el valor de la seriación y la estratigrafía, y la aplicación correcta de la llamada Ley de Worsaae sobre la importancia del ajuar funerario en el establecimiento de la contemporaneidad de las tumbas. También abordó el problema de las implicaciones teóricas de los conceptos de estadio, período y horizonte en arqueología, los patrones de asentamiento y la iconografía (del arte Chavín sobre todo). Su trabajo arqueológico se concentró en el Perú meridional que le sirvió de base para construir la secuencia arqueológica de la Sierra y Costa peruanas. Todo ello sin olvidar sus estudios sobre la civilización inca de la que constituyó uno de sus grandes especialistas. A su muerte, Rowe dejó más de 300 ítems bibliográficos publicados. Paz en su tumba.

Ernesto Salazar



EL SISTEMA

Ernesto Salazar

No me acuerdo por qué vino. Pero un día tuve en mi oficina a Don Manuel, huaquero de mil “hazañas” subterráneas en el Norte del país. Uno podría pensar que un huaquero huele a antimonio, pero no. Mas bien perfumado y de terno, Don Manuel se sentó frente a mí, de buen talante y locuaz.

Para comenzar, la conversación entre un arqueólogo y un huaquero es como el encuentro del confesor con el pecador. Se hace revista de la gran gama de huaqueros, desde los torpes, que lo rompen todo por encontrar el oro precolombino, hasta los más “profesionales” (entre los cuales habría que incluir sin duda a Don Manuel), que se preocupan de rescatar algún hueso o un hacha de piedra. Y uno se entera de todos los sitios destruidos últimamente, y de la red de coleccionistas y traficantes de antigüedades. Por cierto, a un momento dado, el arqueólogo tiene que aguantar la acostumbrada burla de los huaqueros que, ellos sí, encuentran ollas enteras, mientras nosotros pobres las encontramos siempre hechas pedazos. Y en fin, hay que

hacer revista de los “pecadillos” de los arqueólogos, que van desde descuidos, negligencias y acciones poco responsables, hasta muestras de ineptitud que, con razón o sin ella, nos achacan los huaqueros. Don Manuel hablaba ya animadamente cuando abordamos la arqueología del Carchi.

- La gringa Alicia? Puuu, no sabía nada. O me contrapunteaba. Le decía: “vea, aquí hay que cavar”, y ella justo excavaba al lado, donde no había nada. Chuta, cómo le gustaba contrapuntearme. Dijo que iba a escribir algo y hasta ahora no he sabido nada. Pero estoy seguro que, cuando estaba sola, volvía calladita a cavar donde yo le había indicado.

- Y usted cómo sabe donde hay que cavar?

- Ah, pues, hay que andar viendo todo. Por ejemplo, en días de lluvia, espero que pase el aguacero, y voy al campo y lo recorro cuidadosamente mirando al suelo. La tierra dura que no ha sido cavada, no deja pasar el agua, mientras en la tierra suave se filtra todita. O sea, después del aguacero, usted ve en el terreno un mundo de cochass. Allí no hay que cavar, porque no hay nada. Pero de vez en cuando, se ve un pedazo de terreno medio redondito, un poquito hundido, donde se ha ido toda el agua. Allí está la tumba.

Me hice el pendejo para no dejar traslucir mi sorpresa ante la admirable intuición de Don Manuel, y revolviendo papeles en el escritorio, hice una acotación suelta, sin atreverme a mirarle a los ojos.

- Pero eso es elemental.

- Ahí está que no. Porque entonces los arqueólogos ya nos hubieran dejado sin trabajo.

- Vea Don Manuel, el arqueólogo profesional está entrenado para ver los pequeños detalles

del terreno, elaborar su estrategia de excavación y apreciar con claridad la profundidad a que el terreno debe ser excavado, y esto en cualquier parte del mundo.

Y ya me levantaba para despedir a mi visitante, cuando le oí decir, con aire despreocupado:

- Siempre que conozca el sistema...

Me quedé perplejo. Indudablemente, Don Manuel conocía algún secreto que lo iba a arrancar, así me tocara ahorcarle en la oficina.

- Qué sistema? De qué me está hablado?

- Me está vacilando, verdad? Usted ya sabe, toda tierra tiene su sistema. En el Carchi, usted tiene primero la tierra negra, luego la tierra café oscura, luego otra negra más delgada, luego la de arena, la de arcilla, y la de ceniza. Es después de la de arcilla que se encuentran las tumbas. En cambio, las tierras desde el Guayllabamba hacia Quito tienen ootro sistema...

Ya no quise oír más, y hasta me dolió que Don Manuel no fuera un arqueólogo hecho y derecho.

- Don Manuel, yo quiero escribir su vida y sus pecados, o mas que sea sólo su vida. Por favor, cuénteme su historia, la publicaré con su nombre.

No pareció entusiasmarle mucho la idea, pero me dio un atisbo de esperanza.

- Bueno, realmente, sería alhaja dejar ese libro de herencia a mis hijos, para que sepan siquiera lo que he hecho. Si, sí, regreso el próximo jueves para comenzar.

Le estoy esperando todavía, porque se le olvidó decirme qué año. Es que quiero saber como es el mundo subterráneo de este Melquiades macondiano, que hace frente a los demonios del oro, armado solamente de horquetas y varillas de San Cipriano. Y se me ocurre que su baja estima del arqueólogo parece provenir más de un vehemente deseo de ayudar que de mostrar superioridad. Después de todo, la gringa Alicia de Francisco, en toda su "ignorancia", levantó la nueva secuencia cultural del Carchi, que mil Manueles no lo hubieran hecho jamás. Por otro lado, me alegra enormemente saber que el ser humano siempre tiene algo que enseñar a su semejante. Por ello, si el lector me encuentra un día recorriendo el campo después de un aguacero, quiero que sepa que estaré honrando la inolvidable lección de Don Manuel.